





Acuerdo Final de La Habana

La reconciliación deviene de la democracia y de las garantías constitucionales

13

CARLOS A. LOZANO GUILLÉN

PERIODISTA
DIRECTOR DE VOZ

El Acuerdo Final de La Habana, contenido en 297 páginas, además de la enumeración de puntos concretos que deben cumplirse por ambas partes, es una pieza doctrinaria sobre principios básicos de hacia dónde debe avanzar el país para fortalecer la democracia y las condiciones sociales para un mayor bienestar de la sociedad, con menos desigualdad y mejores condiciones de vida para todos y todas. Es un acuerdo para el futuro, que necesariamente tendrá que pasar por una Asamblea Nacional Constituyente que consagre un nuevo orden político, económico y social para la posteridad.

El Acuerdo Final de La Habana plantea un enorme desafío a quienes desde el poder y el establecimiento pretenden detener la historia con el argumento de preservar el *statu quo* porque el modelo económico es inmodificable, así como el sistema político que ha regido a Colombia durante la historia republicana. Son los "caballeros de la inercia" que le temen a los

El Acuerdo Final de La Habana plantea un enorme desafío a quienes desde el poder y el establecimiento pretenden detener la historia con el argumento de preservar el statu quo porque el modelo económico es inmodificable, así como el sistema político que ha regido a Colombia durante la historia republicana. Son los “caballeros de la inercia” que le temen a los cambios democráticos y sociales porque los consideran la amenaza a su sempiterno poder, el cual han logrado mantener mediante la violencia.

cambios democráticos y sociales porque los consideran la amenaza a su sempiterno poder, el cual han logrado mantener mediante la violencia.

En este sentido, es básico entender y aplicar el concepto de la reconciliación como un eje transversal de la paz estable y duradera, que complementa el precepto de la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición en lo que concierne a las víctimas del conflicto. A todas sin discriminación, porque hay la tendencia -agitada por los grandes medios de comunicación y divulgada por los voceros del establecimiento- a pretender que su aceptación es exclusiva para la fuerza guerrillera. El Estado dominante, en esa lógica absurda, vendría a ser otra víctima y no el principal victimario, como en efecto lo es, dado que fue el ejercicio violento del poder lo que negó la democracia y las libertades: una de las causas fundamentales del conflicto y de la lucha guerrillera.

Para la oligarquía son los guerrilleros los que deben responder ante la justicia de paz y pagar las consecuencias de la lucha armada, mientras que ella se dedica a disfrutar de las nuevas condiciones de la paz, como si fuera ajena al origen del conflicto que se quiere resolver por la vía pacífica y del diálogo concreto.

La lucha armada ha sido un fenómeno objetivo en la convulsionada vida política colombiana, una respuesta a la violencia del Estado y no una causa de la misma, un fenómeno social, cultural y político, de persistencia histórica, indisociable de las contradicciones de fondo que atraviesan a la sociedad colombiana. La lucha armada ha representado un escenario específico de la lucha social, con sus rasgos característicos propios, con su desarrollo y evolución autónomos en el contexto político del país y del plano internacional. Ha representado una tradición revolucionaria de la rebeldía popular de hondas raíces en la experiencia, en la idiosincrasia y en la cultura del pueblo colombiano¹.

¹ *Por la No Repetición. El Partido Comunista Colombiano frente al proceso de paz de La Habana.* Bogotá D.C. Diciembre de 2015, p. 14.



El espíritu del Acuerdo Final de La Habana persigue abrir camino a la reconciliación en su esencia social, no religiosa o bíblica. Es el paso que se da en la sociedad tras el acuerdo para que todos sus integrantes asuman el compromiso de definir las contradicciones de forma civilizada y sin el uso de las armas. Dar vía en la confrontación política a la "batalla de ideas", a la contradicción ideológica. La reconciliación no es el unanimismo, mucho menos en el "mundo del capital", donde la contradicción fundamental sigue siendo entre la forma social de la producción y la forma privada de la apropiación, como lo explicó Carlos Marx al desentrañar el fondo y la esencia del capitalismo.

Parece difícil. Desde la clase dominante se escuchan voces delirantes que claman venganza, que quieren crucificar a los comandantes de las FARC-EP como condición para la paz, lo que equivaldría a la *pax romana* o a la paz de los sepulcros, no a la paz digna que está plasmada en el Acuerdo Final de La Ha-

vana. Sin embargo, también hay voces sensatas en esa orilla. El general Javier Flórez, quien hizo parte de la subcomisión Técnica del fin del conflicto, declaró que tuvo que "desarmar el espíritu" para entenderse con los enemigos a los que combatió en el campo de batalla. Es lo más difícil. El otro desarme resulta de los acuerdos, de la dejación de armas y de sacar las armas de la actividad política como compromiso de las dos partes, lo difícil es superar "el instinto de odio y destrucción" que entusiasma a los guerrilleros y que explica Sigmund Freud en la *Teoría de las Pulsaciones*².

En el mismo sentido, el general ® Óscar Naranjo, integrante de la delegación de paz del Gobierno Nacional, declaró que no hubo entrega del Estado ni claudicación de las FARC-EP. Y explico que "una nación sin conflicto armado está obligada a que el fin es la con-

2 Einstein A. y Freud S. ¿Por qué la guerra? Editorial Minúscula, Barcelona, pp. 82-83.

Para la oligarquía son los guerrilleros los que deben responder ante la justicia de paz y pagar las consecuencias de la lucha armada, mientras que ella se dedica a disfrutar de las nuevas condiciones de la paz, como si fuera ajena al origen del conflicto que se quiere resolver por la vía pacífica y del diálogo concreto.

vivencia y no el orden público, y eso se logra garantizando la protección de los ciudadanos. Aquí hay un desplazamiento del concepto, es más importante el ciudadano que el Estado”³.

Así las cosas, en un Estado violento en tránsito a un acuerdo de paz sostenible, la base de la reconciliación es el fortalecimiento de la democracia; es el compromiso de la no repetición y un nuevo comportamiento político y social de las élites gobernantes.

El Acuerdo Final de La Habana en la parte concerniente al fin del conflicto, en el punto 4, plantea lo que podría ser el eje para la reconciliación que es el pacto político nacional que conduzca a nuevas costumbres políticas y a la convivencia entre los contradictores. Es un pacto no para cogobernar como ocurrió en Irlanda del Norte bajo otras condiciones, sino para que el Estado y la sociedad asuman las reglas de la democracia y del respeto a la participación ciudadana.

Este Pacto Político Nacional que deberá ser promovido desde las regiones y sobre todo en las más afectadas por el fenómeno, busca hacer efectivo el compromiso de todos los colombianos/as para que nunca más, se utilicen las armas en la política, ni se promuevan organizaciones violentas como el paramilitarismo que irrumpen en la vida de los colombianos/as vulnerando los derechos humanos, afectando la convivencia y alterando las condiciones de seguridad que demanda la sociedad⁴.

Desde luego, que el Pacto Político no elimina la lucha social ni las contradicciones de clase; tampoco las justas demandas de las comunidades para que sean resueltos acuciantes

3 *El Espectador*, domingo 11 de septiembre de 2016. Entrevista de la periodista Gloria Castrillón al general Óscar Naranjo. Pp. 4 y 6.

4 “Acuerdo Final para la terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera”. La Habana (Cuba), 24 de agosto de 2016. P. 72.

problemas que las agobian: las encausa por la senda de la lucha popular y democrática, que debe ser respetada por las autoridades. Otra clave para la reconciliación está en el funcionamiento de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la no repetición, reglamentada en el capítulo 5 sobre las víctimas del conflicto:

El fin del conflicto constituye una oportunidad única para satisfacer uno de los mayores deseos de la sociedad colombiana y de las víctimas en particular: que se esclarezca y conozca la verdad sobre lo ocurrido en el conflicto. Colombia necesita saber qué pasó y qué no debe volver a suceder nunca más, para forjar un futuro de dignificación y de bienestar general y así contribuir a romper definitivamente los ciclos de violencia que han caracterizado la historia de Colombia⁵.

Y luego de establecer los objetivos fundamentales de la comisión, señala:

Todo lo anterior deberá contribuir a crear condiciones estructurales para la convivencia entre los colombianos y las colombianas y a sentar las bases de la no repetición, la reconciliación y la construcción de una paz estable y duradera. Por esas razones es necesario entender la construcción de la verdad también como una parte esencial de la construcción de la paz⁶.

Es fundamental, dice el Partido Comunista Colombiano, el papel de la cultura en la superación de la intolerancia y de los odios en tantos años de conflicto, como también de los deseos de venganza. Sectores de la burguesía no aceptan la justicia restaurativa y transicional, quieren una justicia de retaliación,

5 Ibid., pp. 118 y 119.

6 Por la no repetición. Ibid., p. 16.

